



MIRADAS,
ENCUENTROS Y CRÍTICAS
ANTROPOLÓGICAS

Aitzpea Leizaola, Jone Miren Hernández
(Coordinadoras)

EL DESENCANTAMIENTO DE LA MODERNIDAD: UNA CRÍTICA A LAS CIENCIAS SOCIALES DE LA COOPERACIÓN AL DESARROLLO

JUAN DAVID GÓMEZ QUINTERO
Universidad de Zaragoza e IDAES

El propósito de esta comunicación es enunciar algunas críticas que, en un contexto de desencantamiento intelectual hacia las teorías sociales modernas, serían aplicables a las ciencias sociales que han asumido el discurso modernizador de la cooperación al desarrollo.

Si bien ha sido variado el abanico de corrientes de pensamiento económico y social que en los últimos cincuenta años han teorizado sobre el desarrollo con todas sus aristas, estoy de acuerdo con la variedad de autores que explicitan el papel que han tenido las ciencias sociales como reproductoras de un orden social fundado en las estructuras de poder predominantes (Foucault, 1978; Wallerstein, 1974; Sachs, 1996; Escobar, 1996, 1999).

Los principales avances disciplinarios de las ciencias sociales del desarrollo no han estado dirigidos al núcleo del problema epistemológico, es decir, a preguntarse sobre los fundamentos del desarrollo como objeto de estudio de la ciencia, o al prototipo de sociedad promovido implícitamente por tal macroconcepto, sino que, obviando su naturaleza histórica e ideológica, emprendieron en la segunda mitad del siglo XX la misión de definir técnicas adecuadas para el análisis de las causas del subdesarrollo y perfilar las medidas imprescindibles para su superación. Este descuido respecto a la consideración del desarrollo como objeto científico significó la naturalización de una construcción social al interior de las propias disciplinas encargadas de desentrañar lo social como su razón de ser.

El germen de este proceso se llevó a cabo a través la constitución de la Modernidad europea desde la cual se colectivizó una historia particular como elemento supuestamente consustancial al ser humano. De forma singular, las representaciones inconscientes del

pensamiento, valores e historia europea (eurocentrismo) se plasmaron en las bases de la cosmovisión moderna:

“Es éste el contexto histórico-cultural del imaginario que impregna el ambiente intelectual en el cual se da la constitución de las disciplinas de las ciencias sociales. Esta es la cosmovisión que aporta los presupuestos fundantes a todo el edificio de los saberes sociales modernos. Esta cosmovisión tiene como eje articulador central la idea de modernidad, noción que captura complejamente cuatro dimensiones básicas: 1) la visión universal de la historia asociada a la idea del progreso (a partir de la cual se construye la clasificación y jerarquización de todos los pueblos y continentes, y experiencias históricas); 2) la “naturalización” tanto de las relaciones sociales como de la “naturaleza humana” de la sociedad liberal-capitalista; 3) la naturalización u ontologización de las múltiples separaciones propias de esa sociedad; y 4) la necesaria superioridad de los saberes que produce esa sociedad (‘ciencia’) sobre todo otro saber” (Lander, 2003: 22).

La primera dimensión señalada por Edgardo Lander expresa la tendencia de las ciencias sociales por clasificar y jerarquizar a las sociedades conocidas. Este ejercicio, al igual que las primeras escuelas organicistas y evolucionistas de la sociología, asumieron la actitud taxonómica de las ciencias de la Naturaleza como la biología o la botánica y se dispusieron a asignar un orden evolutivo a los grupos humanos. El patrón de medida no podía ser otro que la sociedad europea, ya que proporcionaba la matriz epistémica desde la cual se podía juzgar la diferencia. De este modo, la sociología clásica pretendió sentar las bases, a modo de leyes universales, del patrón de cambio de las sociedades humanas y de la meta legítima e inevitable de todas las sociedades y culturas.

En este proceso de legitimación del modelo de sociedad deseable y necesario para las otras sociedades se inscriben las misiones civilizadoras que durante la segunda mitad del siglo XX asumirían la forma de ayuda o cooperación al desarrollo. Ayudar al desarrollo es, desde la cosmovisión moderna, promover el ascenso en la

clasificación de las sociedades hasta que puedan parecerse lo más posible al prototipo que las inspira.

En ese patrón de medida aparece la segunda dimensión que hemos citado, esta es, la naturalización de la condición humana bajo el modelo de sociedad liberal. Esto no significa una descalificación plena del liberalismo, de hecho esta ideología contiene en su sustrato la idea de libertad humana respaldada por muchos colectivos y organizaciones sociales en cuanto significa una opción para los grupos doblegados por las instituciones de la Modernidad, sino el rechazo a la imposición de su rasgo más autoritario que recuerda la radicalidad de la Ilustración (Hokheimer y Adorno, 1994).

Este señalamiento no significa menospreciar la relevancia histórico-política de las libertades individuales y de la igualdad de oportunidades para los ciudadanos de un Estado¹. De todos modos, la crítica a los rasgos oscuros del liberalismo los sitúa fundamentalmente en dos de sus nociones centrales: individualismo y universalismo. En el primer caso, el liberal defiende el valor de la autonomía individual como valor supremo, sin embargo, ignora que la incorporación de tales valores y sus nociones sobre la persona están constituidas por construcciones compartidas en sociedad: el liberal difícilmente reconocerá el “origen necesariamente social o comunitario del concepto que el individuo tiene de si mismo y de cómo ha de orientar su vida” (Mullhall y Swift, 1996: 45). Además, bajo el liberalismo, el comunitarismo es presentado, por ejemplo, como una fase anterior en el desarrollo de la humanidad, que debe unilateral e inevitablemente, conquistar la supremacía del individuo. Todas las sociedades, dicen, deben tener su propia Ilustración para salir, por fin, de su minoría de edad. El desarrollo, y todo el aparato teórico y técnico proporcionado por la ciencia, constituirá en adelante el paso irrevocable hacia la emancipación moderna del ser humano.

¹ Reconozco la pluralidad interna del liberalismo. Para ser más preciso, valoro por ejemplo las virtudes del liberalismo social de John Rawls y difiero del liberalismo individualista de Robert Nozick. El primero es partidario de la regulación de la distribución igualitarista del Estado del Bienestar mientras que el segundo percibe esta actitud como una violación de los derechos individuales de la propiedad.

Por supuesto que los liberales tienen todo el derecho para proclamar el valor supremo de la autonomía individual; sin embargo, un elemento discutible reposa en el trasfondo de la creencia por la cual se vincula ese valor al total de la humanidad. Es así como el liberalismo supone la universalidad de sus postulados. Como señalan Mullhall y Swift (1996), los liberales no han tenido en cuenta la particularidad cultural y la posibilidad de que los valores, sistemas sociales e instituciones de otras sociedades, tengan la misma relevancia que los valores del liberalismo. Niegan asimismo que sea la comunidad y sus tradiciones la fuente de valor moral extrapolando un racionalismo universalista aséptico y descontextualizado.

Las ciencias sociales diseñaron las estrategias necesarias para superar los obstáculos tradicionales que dificultaban la realización del desarrollo moderno. El conocimiento de las costumbres y tradiciones de la gente era prioritario para la incorporación de formas de pensar y de actuar que se acoplaran al desarrollo. De este modo, la ideología liberal representaba el paradigma referencial para la superación del anclaje a elementos identitarios concretos: la tierra, la familia – extensa-, la etnia y la religión. En este sentido, el adiestramiento del campesino para su proletarización como trabajador de la industria representaba una desvinculación de la tierra en cuanto a trabajo (agrícola) y en cuanto a identidad (rural-campesina). Por ejemplo, las políticas de control demográfico en América Latina durante los cincuenta y sesenta, requirieron un importante esfuerzo educativo que se distribuyó por extensas zonas de los países latinoamericanos en las que los Estados tenían poca presencia. En la implementación de estas políticas las ciencias de la salud y las ciencias sociales jugaron un papel muy significativo. Tiene razón Bruno Latour (1993: 64) cuando afirma que, la creencia en la condición moderna ha llevado a los modernos a separar “las relaciones políticas de las razones científicas, pero apoyando siempre la fuerza en la razón y la razón en la fuerza. Los modernos tuvieron siempre las dos espadas en sus manos.”

El filósofo Santiago Castro-Gómez (2003) señala que la matriz práctica que ha impulsado el esfuerzo modernizador de las ciencias sociales ha sido “ajustar” la vida de los hombres al aparato de producción. En ese sentido:

“Las políticas y las instituciones estatales (la escuela, las constituciones, el derecho, los hospitales, las cárceles, etc.) vendrán definidas por el imperativo jurídico de la “modernización”, es decir, por la necesidad de disciplinar las pasiones y orientarlas hacia el beneficio de la colectividad a través del trabajo. De lo que se trataba era de ligar a todos los ciudadanos al proceso de producción mediante el sometimiento de su tiempo y de su cuerpo a una serie de normas que venían definidas y legitimadas por el conocimiento. Las ciencias sociales enseñan cuáles son las “leyes” que gobiernan la economía, la sociedad, la política y la historia” (Castro-Gómez, 2003:148).

La “cientifización” de buena parte de los problemas que sufre *la gente* ha supuesto, a veces sin pretenderlo, la despolitización de los problemas vinculados al desarrollo. La objetividad, rigurosidad y científicidad han sido partes de un discurso legitimador que ha designado las causas y las vías de resolución de los problemas sociales.

El papel de las ciencias sociales en la reproducción de discursos históricos -como la Modernidad y el desarrollo- se deja en evidencia con la imposición de un patrón civilizatorio superior, porque permite la comparación, clasificación y posterior intervención técnica “de todas las demás culturas y pueblos a partir de la experiencia moderna occidental, contribuyendo de esta manera a ocultar, negar, subordinar o extirpar toda experiencia o expresión cultural que no ha correspondido con este deber ser que fundamenta a las ciencias sociales” (Lander, 2003: 25). Todo este abordaje afectó en primer lugar a las respectivas alteridades dentro de las propias fronteras de Europa y, posteriormente, fuera de las mismas. En consecuencia, la elección unidireccional de un prototipo histórico, cultural, social, económico y político, llevó a los propios saberes eurocéntricos a designar a las sociedades occidentales modernas como la imagen de futuro para el resto del mundo (Rist, 2002; Lander, 2003). En consecuencia, el modo de vida al cual toda sociedad llegaría *naturalmente*, sería el modo de vida occidental-moderno excepto si se presentasen obstáculos de tipo racial, étnico, cultural o religioso.

Escobar (1999) sostiene que, así como fue el fenómeno colonial el que determinó las estructuras de poder dentro de la cual se constituyó la antropología, ha sido el fenómeno del desarrollo el que ha proporcionado un marco general para la formación de la antropología contemporánea. El descubrimiento de que los proyectos de desarrollo debían ir más allá de las inyecciones de capital y tecnología en las poblaciones “pobres”, y que éstas debían implicarse para que los resultados de los mismos fueran exitosos, crearon una demanda de antropólogos sin precedentes.

Las aportaciones realizadas por Bruno Latour (1993) ayudan a ser cada vez más conscientes del papel de los científicos (sociales) en la construcción del conocimiento sobre los otros, que son, ‘esencialmente’, diferentes culturalmente al nosotros. En consecuencia, propone pasar a una simetría generalizada justificada por el reconocimiento de que ellos y nosotros, puesto que mezclamos lo natural y lo social produciendo "cuasi objetos híbridos", no somos tan diferentes. Pero para llegar a ese punto, agrega, es necesario que la antropología observe las sociedades occidentales del mismo modo que observa las primitivas: prestando atención a las mezclas de lo "natural" y de lo "social" que realiza. Para descubrir esa producción de objetos híbridos es necesario desobjetivar lo que dice la ciencia de lo natural (que existe una realidad independiente de la acción de los investigadores) y lo que dice la política de lo "social" (que existe un orden construido por hombres libres).

El progresivo proceso por el cual las ciencias sociales se hacen conscientes del nulo distanciamiento con algunos objetos de estudio como el desarrollo, puede significar un síntoma de transformación paradigmática. La reciente producción intelectual del posdesarrollo (Escobar, 1999), los estudios poscoloniales (Lander, 2003; Castro-Gómez, 2003) por citar algunos, reafirma la inconsciente miopía teórica y metodológica frente a las producciones y reflexiones del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

CASTRO-GÓMEZ, S. (2003) “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”, in E. LANDER (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 145-161.

ESCOBAR, A. (1996) *La invención del Tercer Mundo, Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.

__ (1999) *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, ICAN, CEREC, Bogotá.

FOUCAULT, M. (1978) *Microfísica del Poder*, Madrid, la Piqueta.

HOKHEIMER, M. y ADORNO, T. (1994) *Sociología de la Ilustración*, Madrid, Trotta.

LANDER, E. (2003) “Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos”, in E. LANDER (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales, perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 11-40.

LATOUR, Bruno (1993) *Nunca hemos sido modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Madrid, Debate.

MULLHALL y SWIFT (1996) *El individuo frente a la comunidad. Debates entre liberales y comunitaristas*, Madrid, Temas de Hoy.

RIST, G. (2002) *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, la Catarata.

SACHS, W. (1996) *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Lima, PRATEC.

WALLERSTEIN, I. (1974) *The Modern World-System*, Nueva York, Academic Press.